

Huerta porque no se había unido a su revolución de Texas, aunque Huerta la había apoyado en principio. Para probar a Huerta, Reyes envió a su íntimo amigo Rafael Zayas para que hablara con el cruel general. Trató de convencer a Huerta de que había llegado el tiempo para una rebelión, pero Huerta le dijo que era necesario ser cauteloso. Cuando Zayas insistió en que el movimiento comenzaría lo más pronto posible, Huerta le respondió que no lo permitiría. Al ser informado que Huerta estaba fuera de la conspiración, Reyes dijo que esto confirmaba sus sospechas del astuto y ambicioso general.<sup>18</sup> Otros militares se unieron al viejo General Jerónimo Treviño, que estaba apoyado por Rosendo Pineda y otros científicos, y Pascual Orozco, que estaba ansioso por levantarse de nuevo en Chihuahua.<sup>19</sup> La distancia de sus fuerzas a la capital, sin embargo, restaba efectividad al golpe proyectado. Más importantes eran los comandantes de unidades en los alrededores de México. Hacia fines de enero, el General Blanquet, comandante de 4,000 soldados en Toluca; el General Beltrán, Comandante de los batallones de infantería en Tacubaya; el General Navarrete, comandante de las unidades de artillería en Tacubaya, se consideraron comprometidos para derrocar al gobierno.<sup>20</sup> Es interesante notar que el Dr. Espinosa creía que el General Lauro Villar "cuyas simpatías por Reyes no eran un secreto", estaba también comprometido.<sup>21</sup> Pero no era así.

En enero de 1913, cuando Rodolfo supo que Félix Díaz iba a ser trasladado, para mayor seguridad, de su prisión de Veracruz a la penitenciaría de la ciudad de México, se fijó la fecha de la revuelta para ese mes. Por lo que se refería a los reyistas, estaban preparándose para sacar a don Bernardo de la cárcel a principios de enero. Tenía mucho tiempo de estar impaciente de "salir a pelear." Se había ganado la confianza de los oficiales del escuadrón de caballería destacado cerca de Santiago y estaba listo para escaparse en pleno día. Sin embargo, Mondragón y los amigos de Félix Díaz todavía no estaban bien organizados. A pesar del hecho de que los rumores de una revuelta eran los tópicos de las conversaciones diarias, el gobierno estaba extrañamente inactivo. Madero oía los rumores e incluso veía las pruebas de un levantamiento, pero se rehusaba a creer que el ejército pudiera

<sup>18</sup> "Secretos del Reyismo", *La Prensa*, 4 de diciembre de 1932, Sec. 2, p. 1. Rodolfo también atribuye la falta de confianza que su padre tenía a Huerta a la degeneración alcohólica de este último. RODOLFO REYES, *De mi Vida*, I, 206-207.

<sup>19</sup> El Dr. Espinosa deseaba un frente unido contra Madero, pero otros reyistas todavía estaban renuentes a tener tratos con los científicos. En este momento amenazó él con salirse del círculo reyista, pero después de recibir una llamada de la esposa de don Bernardo pidiéndole que "no los abandonara en ese momento difícil", accedió a quedarse. "Secretos del Reyismo", *La Prensa*, 4 de diciembre de 1932, Sec. 2, p. 1.

<sup>20</sup> BELL, *The Political Shame of Mexico*, 261-262.

<sup>21</sup> "Secretos del Reyismo", *La Prensa*, 27 de noviembre de 1932, Sec. 2, p. 2.

rebelarse contra él. Parece que se consideraba a salvo de revoluciones. Ante tal actitud, don Bernardo aconsejó un golpe inmediato. Rodolfo Reyes razonaba que la inactividad del gobierno, en vista de tales actividades rebeldes, justificaba que lo derrocaran.<sup>22</sup>

Durante la segunda quincena de enero, los cadetes de la academia militar en Tlalpan, un suburbio de la capital, fueron ganados. Dos de ellos eran ahijados del General Reyes, dispuestos a marchar a su lado después de su liberación. El Dr. Espinosa tenía cerca de cuatrocientos civiles organizados y listos, cada uno con una pistola y municiones. Solamente esperaban su señal. Con Félix Díaz a salvo en la penitenciaría, el día 25 de enero, los felixistas aparentemente estaban listos y se fijó el día 12 de febrero como fecha tentativa para el levantamiento.

A pesar de tantos meses de preparación, había detalles finales que atender. Los complotistas contaban con el elemento de la sorpresa y planearon apoderarse del Palacio Nacional y arrestar a Madero y a su gabinete sin derramamiento de sangre. Por razones de seguridad el momento exacto para comenzar la revolución no se revelaría hasta última hora. El 6 de febrero se vio que era necesario fijar una nueva fecha. Los conspiradores se alarmaron al ver los grandes movimientos de tropas en la ciudad, la retirada de algunos conspiradores, la falta de capacidad para ganarse a más comandantes de unidades, el miedo por la seguridad de Reyes y Díaz, y por el ambiente general de pesimismo que reinaba en el cuartel general de los conspiradores. Sin preparaciones adicionales y corriendo el albur, se señaló como fecha para el ataque las primeras horas de la mañana del domingo 9 de febrero.<sup>23</sup>

Mondragón, obligado a ocultarse el día 7 de febrero por la policía, alarmada y vigilante en esos momentos, dio sus instrucciones finales para el día siguiente: a las dos de la mañana del domingo él y el General Gregorio Ruiz pondrían en marcha el 2o. y el 5o. Regimiento de Artillería y el 1o. Regimiento de Caballería respectivamente desde Tacubaya, reuniendo a algunas unidades dispersas durante su marcha. La fuerza de Ruiz libertaría a Reyes de la prisión de Santiago y la de Mondragón aseguraría la libertad de Díaz de la penitenciaría. Cincuenta cadetes de Tlalpan se reunirían con Ruiz en Santiago, mientras otros doscientos se apoderarían del Palacio Nacional, cuyos guardias no ofrecerían resistencia. El oficial al mando del destacamento militar en la Colonia Juárez era el encargado de detener personalmente al Presidente Madero en Chapultepec.<sup>24</sup>

El sábado 8 fue el día más angustioso, pero los cansados conspiradores hicieron los preparativos finales para el día siguiente. El Dr. Espinosa, al vi-

<sup>22</sup> RODOLFO REYES, *De mi Vida*, I, 207.

<sup>23</sup> *Ibid.*, 208.

<sup>24</sup> *Ibid.*, 211-214.



sitar en su celda a don Bernardo, a las 3 de la tarde, por última vez, describió al General como "elegantemente vestido y con una calma sorprendente." Por causa de los cambios en los planes había que trabajar todo lo aprisa posible, pero él creía que todos cumplirían con su deber. Cuando el Dr. Espinosa preguntó si don Bernardo conocía los planes finales de Mondragón, el General Reyes respondió así:

*Es necesario lanzarnos; cualquier observación que se hace en estos momentos parecerá un obstáculo; no quiero que Mondragón piense que somos unos obstruccionistas. Tan pronto como estemos en Palacio, las cosas serán distintas, doctorcito, tenga Ud. la seguridad.*

Don Bernardo estaba hablando con confianza, pero ¿era sincero o estaba únicamente animando a su partidario más leal? Entonces dio al Dr. Espinosa las instrucciones finales: él y los civiles rodearían la cárcel de noche, ocultándose lo más posible. A medianoche, don Bernardo encendería una luz roja. Si la luz se movía de un lado a otro de su celda entonces todo debía desarrollarse de acuerdo con el plan y él inmediatamente estaría con ellos, pero si la luz quedaba prendida y no se movía esto significaría que había peligro.<sup>25</sup>

Esa noche dictó a Rodolfo un manifiesto que debía darse a conocer si el movimiento tenía éxito, en el que este movimiento se describía no como "reaccionario" sino como una protesta contra las tendencias personales del gobierno. Con la caída de Madero, un comité asumiría el Poder Ejecutivo y convocaría a una asamblea "de todos los elementos revolucionarios" para establecer un Gobierno provisional. Ningún miembro del comité podría ser elegido para ser Presidente provisional. Se respetarían las vidas de todas las personas depuestas, se evitarían los desórdenes y se cumplirían algunas de las promesas serias de la revolución.<sup>26</sup> Reyes aparentemente preparó este plan sin la colaboración de Díaz o Mondragón, porque, de acuerdo con Rodolfo, era una exposición de las ideas de su padre. No se sabe definitivamente si otros conspiradores habían formulado un plan o no. Se dijo que había uno, según el cual Reyes iba a ser nombrado Presidente provisional hasta que hu-

<sup>25</sup> "Secretos del Reyismo", *La Prensa*, 4 de diciembre de 1932, Sec. 2, p. 2.

<sup>26</sup> RODOLFO REYES, *De mi Vida*, I, 216. Rodolfo declara que su padre ya no tenía ningún deseo de ser Presidente. Si se quería su participación política entonces, deseaba que sólo fuera transitoria. Sus verdaderos intereses eran militares: pacificar al país y establecer planes para la defensa nacional de acuerdo con un gobierno constitucional. Así era como deseaba acabar su carrera militar. Don Bernardo, declara Rodolfo, también discutió la necesidad de llevar adelante los objetivos del reyismo, especialmente la solución del problema agrario y mejorar al proletariado. *Ibid.*, 200, 218.

biese sido electo Félix Díaz para que terminara el período de don Porfirio (1910-1916); Mondragón sería Ministro de la Guerra; Rodolfo, Ministro de Justicia, y Huerta jefe de todas las fuerzas militares. Se dijo que este plan no había sido aceptado por Huerta, que estaba contra Reyes por su fracaso en contra de Díaz en 1909 y contra Félix Díaz porque no consideraba que él (Díaz) tuviera cualidades para ser Presidente.<sup>27</sup>

Tampoco don Bernardo descuidó prepararse para la salida. Ya había hecho un testamento de sus propiedades y de sus bienes personales. Su estado mental se manifestó en la extraña petición que hizo a Rodolfo cuando éste dijo a su padre adiós por última vez. El General Reyes le pidió una nueva muda de ropa interior diciendo que si no sobrevivía a la prueba que iba a encarar, deseaba sentirse seguro de que su persona estaba limpia. Si no resultaba el cuartelazo, seguramente la muerte sería su recompensa y quería lucir lo mejor posible.<sup>28</sup>

El sábado a las 5 de la tarde, el General Gregorio Ruiz telefoneó a Rodolfo diciéndole "que probablemente no podía ser la cena esa noche." Determinado a que el movimiento no debería posponerse en el último momento, Rodolfo corrió a Tacubaya para saber cuál era el temor. Allí encontró a Ruiz y a Mondragón alarmados por las últimas medidas que había tomado el gobierno para dominar la rebelión antes de que comenzara. Sin embargo encontró a los dos jefes dispuestos a llevarla adelante. Hay otra versión que difiere materialmente. Dice que después de haber llegado a Tacubaya, Rodolfo fue informado de que el levantamiento no tendría lugar al día siguiente. Él objetó violentamente, diciendo que muchos estaban comprometidos, que la vida de su padre estaría en peligro y que la vacilación no les llevaría hasta el objetivo final. La lógica de este argumento era convincente, se decía, y los vacilantes conspiradores se reanimaron. Estando las cosas así, hacia las 11 de la noche se completaron los planes finales para el movimiento que debería estallar a las pocas horas.<sup>29</sup>

Después de su última visita a don Bernardo, el Dr. Espinosa se reunió con el propietario de una gran compañía de carros de alquiler, José Sánchez Juárez, y le alquiló sus carros para el día siguiente. Se avisó a todos los rebeldes civiles que abordaran sus taxis a la puerta de la Escuela de Mascarones. A eso de la media noche muchos de los carros estaban desplegados a los al-

<sup>27</sup> BELL, *The Political Shame of Mexico*, 266. Huerta probablemente lo desaprobó porque esperaba tener un puesto más alto en el nuevo régimen. Rodolfo dice que Félix Díaz nunca dio a conocer sus ideas políticas. RODOLFO REYES, *De mi Vida*, I, 219.

<sup>28</sup> RODOLFO REYES, *De mi Vida*, I, 215, 219.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 221-223; MORTON, "The Close of an Era: Act One of the Mexican Tragedy", 310-311.



rededores de la prisión de Santiago, y los fieles reyistas comenzaron a vigilar ante la ventana de don Bernardo. La prisión estaba silenciosa cuando supieron que había cambiado la guardia e incluso vieron al comandante aparecer de tiempo en tiempo.<sup>30</sup> Mientras los civiles, temerosos de que los descubrieran, estaban ante Santiago, las unidades militares involucradas preparaban su marcha aunque no de acuerdo con el plan. En el último momento la mayor parte del Primer Regimiento de Tacubaya, bajo el mando del Coronel Anaya, se rehusó a seguir a su comandante. El gobierno envió dos camiones llenos de policías para capturar al grupo de rebeldes, pero la policía fue desarmada por audaces civiles pistola en mano. Otras unidades que se creían estaban de acuerdo con el movimiento se arrepintieron a última hora y dejaron a Mondragón y a Ruiz apenas con 1,000 hombres bajo su mando. A las 2.30 de la madrugada del domingo 9, estas fuerzas se dirigían a la ciudad. El transporte de los cadetes de Tlalpan falló y los entusiastas jóvenes comenzaron a perder el valor. Algunos salieron a caballo; otros se apoderaron de los tranvías en su primer recorrido. Añadido a esta confusión e incertidumbre, patrullas de policías montada comenzaron a moverse aquí y allá en la ciudad. Ocuparon los lugares cercanos a Chapultepec, la residencia del Presidente Madero, y el Paseo de la Reforma. Rodolfo vio que era necesario hacer un largo rodeo hacia Santiago para evitar que lo detuvieran.<sup>31</sup>

Al llegar a Santiago a las 2.30 ó 3.00 de la madrugada, se asustó al ver que la luz roja estaba quieta en el cuarto de su padre, que el Dr. Espinosa decía que había estado encendida desde la 1.00 de la madrugada. Los reyistas estaban perplejos. ¿Estaba en peligro la vida de su jefe? ¿Tendrían que asaltar la prisión, exponiendo aún mucho más la vida de don Bernardo o esperaban a los rebeldes que estaban llegando a México desde Tacubaya? Mordiéndose las uñas de ansiedad decidieron esperar —una espera que duró cuatro horas de agonía—. Al amanecer se apagó la luz roja, pero el General Reyes no aparecía. Algunos reyistas, temiendo por su propia vida, comenzaron a retirarse; pero los más leales esperaron como había hecho el Capitán Rafael de la Vega Rocca con la guardia del 20 Batallón, y el Capitán Martínez con un escuadrón del Primer Regimiento, que continuaban teniendo listo el gran caballo Lucero del General Reyes, un magnífico ejemplar de siete manos de alzada.

Pero ya había amanecido y la situación era desesperada. Repentinamente, entró al galope a la plazuela que estaba enfrente de la prisión el fiel General Ruiz y un ayudante que se había adelantado a los contingentes de Tacu-

<sup>30</sup> "Secretos del Reyismo", *La Prensa*, 4 de diciembre de 1932, Sec. 2, p. 2.

<sup>31</sup> RODOLFO REYES, *De mi Vida*, I, 224-226.

baya. Ante las enormes puertas de la prisión, gritó: "Mi general Reyes, estoy a sus órdenes." A esta señal se abrieron las puertas y el General Reyes, vestido con un traje negro, con botas militares negras, una capa gris y portando el abrigo militar que le había regalado el Rey Alfonso XIII, salió al frente para recibir los vivas de sus ansiosos amigos y partidarios. En un momento unos quince o veinte cadetes montados, seguidos por dos compañías del Primer Regimiento de Caballería, se presentaron, y un poco después llegó el General Mondragón con sus fuerzas.<sup>32</sup> En marcha a la ciudad había decidido libertar a Reyes antes de ir a la penitenciaría en busca de Díaz.

El aspecto grave del General Reyes, al salir de la prisión, pronto se convirtió en seguridad, al pasar revista al séquito de unidades rebeldes y al corresponder los vivas y los saludos, ondeando al aire su kepí. Él era el jefe incuestionable y el hombre del momento. Celebró una breve conferencia con los generales Ruiz, Mondragón y otros oficiales. Alguien sugirió que por causa de la hora tan tardía deberían marchar inmediatamente al Palacio Nacional. Rodolfo apoyó esta idea con entusiasmo, diciendo que él y Mondragón, con una parte de la columna podrían sacar a Díaz de la Penitenciaría. Don Bernardo dudó un momento, quizá pensando en la muerte cercana, y al fin dijo: "No, ya es muy tarde; puede pasarle algo a Félix; mejor vamos todos por él." Un trompeta dio orden de "marcha a la izquierda" y los rebeldes salieron hacia la penitenciaría en el siguiente orden: en la vanguardia, fuerzas del Primer Regimiento de Caballería al mando del General Ruiz; a continuación, la escolta personal del General Reyes, los cadetes de la Academia Militar de Tlalpan; después Reyes acompañado por el Dr. Espinosa y los Capitanes Romero López y Jesús Zozaya; los civiles incluyendo a José Bonales Sandoval, Cecilio Ocón, Rafael Zayas y otros; y cubriendo la retaguardia, las unidades bajo el mando del General Mondragón.<sup>33</sup>

La determinación de triunfar y los constantes gritos de aclamación de la gente a lo largo del camino animaron a los rebeldes, pero Rodolfo no se hacía ilusiones y sentía que el movimiento ya casi era un fracaso. Las cuatro horas perdidas ante la prisión de Santiago habían dado tiempo al gobierno para prepararse. En vez de un ataque por sorpresa, iban a hacer un ataque en plena luz del día, con muchas unidades perdidas, sin haber capturado a Madero y a su Gabinete y con toda la ciudad despierta por completo. Meses de cuidadoso planeamiento se habían convertido en nada. En vez de una rebelión con éxito, parecía el comienzo de otro desastroso fracaso.<sup>34</sup>

<sup>32</sup> "Secretos del Reyismo", *La Prensa*, 11 de diciembre de 1932, Sec. 2, pp. 1, 2.

<sup>33</sup> *Ibid.*, RODOLFO REYES, *De mi Vida*, I, 230.

<sup>34</sup> MORTON, "The Close of an Era: Act One of the Mexican Tragedy", 319-322. Creyendo que el General Lauro Villar iba a ser leal al gobierno y que su captura era esencial para el éxito del movimiento, Reyes había recomendado varias veces que el



En ese momento, alrededor de las 6 de la mañana, la llave para el éxito del movimiento era el Palacio Nacional, el centro del Gobierno. El plan original de los conspiradores había sido que las unidades de los cadetes de Tlalpan capturaran el Palacio. La guardia del Palacio había sido ganada previamente, de tal manera que se presumía que los cadetes iban a tener muy pocas dificultades. Aunque habían sido enviados un poco tarde, los jóvenes habían cumplido bien con su misión y el viejo "Palacio de los Virreyes" estaba en sus manos un poco antes del amanecer. Pero no podría ser por mucho tiempo una fortaleza rebelde para los conspiradores sin Lauro Villar, el leal comandante militar de la Plaza de Armas. Acostumbrado a hacer frecuentes inspecciones nocturnas en el Palacio, se enteró de que los cadetes de Tlalpan habían entrado por la puerta principal. Sintiendo que ocurría algo, reunió a los soldados de los Batallones 20 y 24 en sus cuarteles cerca de la plaza y procedió a entrar en el palacio por una puerta de atrás. Después de una breve lucha los inexpertos cadetes fueron desarmados y Villar se apresuró a hacer los preparativos para la defensa del edificio. De esta suerte, la meta principal de los revolucionarios estaba una vez más en manos de las fuerzas del gobierno antes de que llegaran. Si Reyes no hubiera sido tan generoso en su determinación de libertar a Díaz, hubiera podido entrar en el Palacio casi sin luchar.

La libertad de Díaz se logró sin dificultad, aunque perdiendo un tiempo precioso. Al llegar a la penitenciaría Reyes y Mondragón desmontaron y entraron, mientras el General Ruiz ordenaba a la artillería apuntar al edificio. Cuando el director de la prisión rehusó libertar a Díaz sin las órdenes del Gobernador del Distrito Federal, fue forzado y tuvo que libertar a su prisionero a punta de pistola. Entonces Díaz, Reyes y Mondragón salieron juntos en medio de un entusiasmo que casi se convierte en un desorden. La estentórea voz del General Reyes se oyó inmediatamente prohibiendo las demostraciones para conservar las municiones porque las podrían necesitar muy pronto.<sup>35</sup>

Mientras se estaba organizando la columna, se recibieron informes alarmantes respecto al Palacio Nacional. Después de escuchar a alguien que el Palacio estaba en manos del gobierno y que el General Villar estaba dispo-

---

General Manuel Velázquez se encargara de capturar a Villar, pero Velázquez había sido trasladado repentinamente de su puesto de Toluca a Jalapa como jefe de armas. Advirtió que debía partir secretamente y sin permiso. Cuando llegó a la capital los rebeldes se olvidaron de comunicarle su importante misión. En los momentos finales de la revuelta cada uno creyó que el otro lo había hecho. Por esto Villar, en vez de estar en manos de los rebeldes estaba libre para dirigir la defensa del Palacio Nacional. RODOLFO REYES, *De mi Vida*, I, 210-211.

<sup>35</sup> RODOLFO REYES, *De mi Vida*, I, 232-233.

niendo fuerzas para su defensa, se informó que Reyes dijo: "¡Lauro no me tira!" Los tres generales tuvieron una breve conferencia. A sugerencia de Rodolfo de que se enviara a alguien por delante para que investigara, fue despachado el General Ruiz con unos ochenta cadetes de escolta. De nuevo conferenciaron los tres generales y volviéndose al Dr. Espinosa, el General Reyes le dijo en confianza: "Vamos, doctorcito, y ya lo sabe... ni una gota de sangre."<sup>36</sup> La corneta dio la orden de "marcha forzada" y los rebeldes se dirigieron al Palacio Nacional, un poquito más de un kilómetro hacia el oeste.

Cuando el General Ruiz llegó ante el Palacio, encontró al General Villar parado al final del principal pasadizo. Aunque se notaba una actividad des acostumbrada en el patio, ordenó parar a sus hombres mientras él se dirigió solo para cruzar la puerta. El General Villar le dijo amigablemente "pasa, hermano, pasa", pero cuando Ruiz iba a responderle, Villar agarró las riendas de su caballo y ordenó al atónito Ruiz que desmontara, diciéndole que era su prisionero. Entonces Villar ordenó a sus hombres que dispararan contra los cadetes, los cuales rompieron inmediatamente la formación y corrieron.<sup>37</sup>

Fueron esos disparos lo que dio la bienvenida a Reyes y a sus hombres, que bajaban por la Calle de la Moneda hacia la plaza principal, que está frente al Palacio Nacional. Reyes inmediatamente se enteró de la captura de Ruiz. Parecía que lo habían cogido por sorpresa. Cuando Rodolfo le pidió que diera el toque de alto, lo calló bruscamente diciéndole: —"Que se detenga la columna; yo, no. ¡Que sea lo que ha de ser, pero de una vez!" Luego, levantándose sobre los estribos, urgió a los no combatientes a que se retirasen antes de que comenzara el fuego. Mientras tanto, el General Mondragón y Díaz se habían adelantado, sabiendo que Villar se había apoderado del Palacio Nacional y de las torres de la Catedral que dominaban la plaza, y dijeron a Reyes que era inútil avanzar contra esa posición. Pero Reyes se mantuvo firme. Rechazando esta advertencia, irrumpió en la plaza, dobló a la derecha, seguido por un grupo de partidarios, y avanzó hacia la entrada principal del Palacio. El General Mondragón hizo una última súplica a Rodolfo, diciéndole: —"Evite usted que avance el general; es una temeridad."<sup>38</sup> Con esto él y Díaz se retiraron a observar y ver lo que ocurría.

La plaza iba a ser testigo del clímax del drama que llegaba rápidamente a su fin. El primero de Caballería giró hacia la plaza pero se quedó detrás de Reyes. Detrás de los jinetes había una masa de espectadores, entre los que había muchas mujeres y niños, gente curiosa y otros que entraban y salían de

<sup>36</sup> "Secretos del Reyismo." *La Prensa*, 11 de diciembre de 1932, Sec. 2, pp. 1, 2.

<sup>37</sup> *Ibid.*; MORTON, "The Close of an Era: Act One of the Mexican Tragedy", 327-328.

<sup>38</sup> RODOLFO REYES, *De mi Vida*, I, 236-237.



misa. Los roncros vítores en pro de Reyes y de Díaz se mezclaban con los mueras a Madero. Muchos probablemente esperaban un discurso político, sin darse cuenta del peligro y sin pensar que podía correr la sangre como el agua derramada. Delante del Palacio, había por lo menos dos líneas de infantería. Una línea estaba apoyada contra las paredes del viejo edificio. Otra línea estaba tirada en el pavimento a pocos metros de la otra línea con ametralladoras colocadas a intervalos. Las tropas tenían los rifles listos para disparar. En la puerta principal detrás de otra fila estaba el General Villar, pistola en mano. Eran las 8.40 de la mañana.

Hasta el centro mismo de esta multitud armada cabalgó el indomable Reyes seguido por unos cuantos valientes. Rodolfo, habiendo aguijoneado su caballo hasta ponerse al lado de su padre, tomó las riendas de Lucero en ademán de detener a su padre. El General Reyes exclamó excitado: "No pararé; tú, sí; procura que el manifiesto se imprima inmediatamente." Algunos gritaron al General que arrojara su pistola, que blandía en su mano derecha, porque los defensores podrían pensar que pensaba atacar. Inmediatamente metió la pistola en su funda y avanzó con el Dr. Espinosa a su izquierda, un poco atrás de él, y Rodolfo a su derecha.<sup>39</sup> Haciendo señas a sus hombres de descansar sus armas, hizo una señal al General Villar. Obviamente deseaba hablar con él, para ganárselo. Con peligro de su vida, el General Velázquez se colocó entre Reyes y las ametralladoras.<sup>40</sup> Reyes continuó y su caballo volcó una de las ametralladoras sin detener su paso dirigiéndose hacia el atónito Villar. Rodolfo gritando: "Vuélvete, padre, te van a matar", hizo un inútil esfuerzo final para detener a su padre. Don Bernardo respondió: "Sí, pero no por la espalda." Estas fueron las últimas palabras del valiente general.

A pesar de las repetidas órdenes de un subalterno para abrir el fuego, no había habido disparos hasta este momento. Pero en cuanto el General respondió a Rodolfo sonó un solo disparo. Como si esto fuera una señal, desde el palacio abrieron fuego devastador. El General Reyes, con un balazo en la cabeza, vaciló sobre la silla, agarró la crin de su caballo y cayó muerto encima de Rodolfo, que cayó también al ser muerto su caballo. Las ametralladoras destrozaban entrañas, los rifles y las pistolas esparcían la muerte indiscriminadamente mientras rebeldes y civiles, hombres, mujeres y niños, culpables e inocentes, caían muertos o heridos en la peor carnicería que jamás vio la plaza.<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Dos pistolas completamente cargadas se sacaron más tarde de la silla del caballo de Reyes. Alfonso Reyes al autor, 3 de mayo de 1957. Carta en manos del autor.

<sup>40</sup> RODOLFO REYES, *De mi Vida*, I, 237-238.

<sup>41</sup> *Mexican Herald*, 10 de febrero de 1913, p. 1. El Presidente Madero, que llegó a la plaza veinte minutos después, ordenó que llevaran al Palacio Nacional el cuerpo

La muerte de Bernardo Reyes ante el Palacio Nacional tenía todas las señales de un suicidio. El orgulloso General había dicho a Rodolfo "cien veces" que estaba resuelto a morir en caso de que fracasara. Este acto fue, entonces, premeditado. Sabía que el Palacio Nacional estaba en manos del Gobierno, y conocía la formidable fuerza que se le oponía. Sabía que estaba avanzando hacia Villar a su propio riesgo. Su única esperanza era ganarse al decidido defensor con toda la fuerza de su personalidad. Aceptó el riesgo, y, al fracasar en su objetivo, como un hombre que ve llegar su hora final, avanzó hacia la muerte. Trágica como fue su muerte, el que verdaderamente sufría era México, porque la muerte del gallardo General ponía a la conspiración en una situación diferente. Para Reyes el objetivo era derrocar al débil Madero para que un gobierno fuerte, capaz de mantener la paz y el orden basado en la justicia, ocupara su lugar. Para sus compañeros de conspiración la caída de Madero podría servir para colmar su propia ambición personal. La muerte de Reyes rompió el último freno que ellos tenían. Lo que no pudieron llevar a cabo por medio de un cuartelazo, lo llevarían a cabo por medio de la traición con su correspondiente baño de sangre, la *decena trágica* y el asesinato de un jefe de estado que conmovió al mundo civilizado.

del General Reyes. Durante la calma que siguió a la lucha, fue reclamado por sus parientes (Rodolfo estaba oculto) y enterrado en el Panteón del Tepeyac. El autor ha visto en el Museo de Historia del Castillo de Chapultepec el abrigo militar que el General Reyes llevaba la mañana de su muerte con manchas de sangre claramente visibles.